

PALABRA ENCARNADA (Lc 1,10-12)
(Ain-karem, CD: A todos los pueblos, nº 7)

Palabra encarnada del Padre
en llanto de un recién nacido,
pequeño entre los más pequeños,
Dios hecho niño.

TE CANTO, MI BIEN,
TE ADORO, MI DIOS,
FUERTE FRAGILIDAD,
SOBERANA POBREZA,
DESNUDO EN LA CUNA Y LA CRUZ,
AMOR QUE NO TIENE FRONTERAS.

Pesebre de nuestra esperanza,
luz que rompe las tinieblas,
fuente de nuestra alegría,
Dios hecho niño.



El silencio nos permite meditar sobre aquello que realmente tiene sentido. El silencio nos abre las puertas a una Navidad desconocida, una Navidad invisible que lejos del griterío, lejos de las luces y del consumo desbocado, nos exhorta a encontrarnos con nosotras mismas y a descubrir la eterna inocencia del Niño que aún no ha muerto bajo el peso de los objetos, de las voces y de las prisas.

El silencio nos exhorta a vivir la Navidad de otra manera. Nos exhorta a descubrir a Dios en lo pequeño, nos conmueve y nos inquieta, porque nos desenmascara y nos sentimos huérfanas de Dios y de Luz.

El silencio nos permite escuchar quiénes somos y qué queremos ser, nos exhorta a sumergirnos en nuestra interioridad, a vivir con autenticidad y a reencontrar lo que hay de humano en nosotras. El silencio es un tesoro por descubrir, un ámbito de encuentros y de presencias intangibles, un espacio donde el Tú eterno nos cuestiona desde las profundidades del alma.

El silencio es un paréntesis en la agitada vida que llevamos, es un espacio para recuperar el sentido más genuino de lo que significa ser hombre y ser mujer.

Hay una Navidad ahogada por las voces, hay una Navidad explotada por el cinismo del mercado, hay una Navidad que nos fastidia y nos agobia. Es la Navidad enlatada que nos obliga a estar contentos porque toca.

Pero en el silencio descubrimos otra Navidad, una Navidad pura, transparente, una Navidad que vuelve cíclicamente dentro de nosotras y nos mueve a darnos y a vivir con plenitud nuestra vida como si fuera un instante sin tiempo, sin pasado ni futuro.

Hay una Navidad silente, una Navidad invisible que todavía late en nuestro interior, una Navidad que nos recuerda que hay una Voz más allá de las voces que nos orienta y nos acompaña como la estrella de Nazaret.

Francesc Torralba

Mientras se encontraban en Belén, le llegó el tiempo de ser madre; y María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada. En esa región acampaban unos pastores, que vigilaban por turno sus rebaños durante la noche. De pronto, se les apareció el Ángel del Señor y la gloria del Señor los envolvió con su luz. Ellos sintieron un gran temor, pero el Ángel les dijo: "No teman, porque les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor. (Lc 2,6-11)

COMPARTIMOS NUESTRA ORACIÓN: Invitadas a anunciar a Jesús que habita la historia.

"Son proyectos y comunidades posibles aquellos que pueden ser realizados en el presente y en el futuro próximo porque: (...) Anuncian a Jesús hecho uno de nosotros. La comunidad no da por supuesto el anuncio. Anuncia Jesús de manera explícita o es anuncio de Jesús con su manera de vivir". (Proyecto de Misión Provincial 16.5).

Preguntémonos: ¿NUESTRA MANERA DE VIVIR ES, REALMENTE, ANUNCIO DE JESÚS?

"Toda nuestra vida es misión; somos llamadas y enviadas personal y comunitariamente. El elemento constitutivo de nuestra identidad cristiana es vivir con sentido la misión anunciando el Reino. La Misión la recibimos de Jesús y la compartimos por igual con todo el mundo:" como el Padre me envió, también yo os envío... ". (ADV 13)